
Editorial**EL ESPÍRITU SANTO EN LA PASTORAL VOCACIONAL**

En el número anterior de esta Revista hablamos de la importancia fundamental de Cristo en la Pastoral vocacional. Nos preguntábamos si, a veces, no nos olvidamos de Él en nuestros planteamientos y actividades pastorales: en los contenidos catequéticos y, sobre todo, en el desarrollo del proceso vocacional, en el que el encuentro con Cristo es realmente decisivo de cara a la pregunta trascendental: "Señor, ¿qué quieres de mí?". Porque solamente cuando un joven se encuentra con la persona de Cristo, y "se deja mirar" profundamente por Él, puede entrar en una dinámica de reflexión-oración y compromiso que le lleve a una opción vocacional seria.

Todo eso es cierto, lo sabemos muy bien, pero ahora nos preguntamos: ¿quién mueve los hilos de ese diálogo, de esa historia de amistad entre el joven y Jesús? ¿Quién es, en realidad, el animador vocacional? La Palabra de Dios y la historia de la vocación y las vocaciones, nos lo dicen muy claramente: el Espíritu Santo.

En la Teología de la vocación decimos que ésta es un asunto de la Trinidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu son los protagonistas principales de toda vocación, no nuestros métodos y técnicas pastorales. Es el Padre quien elige, y nos llama en y por Jesús, mediante el Espíritu Santo. Pablo expresa en sus cartas repetidamente esta verdad hablando de la llamada a la fe. En el caso de la vocación es lo mismo. Normalmente, cuando hablamos de la vocación pensamos en el Padre, y más frecuentemente en Cristo; del Espíritu Santo ni nos acordamos.

Ahora, cuando nos disponemos a reflexionar a nivel de Iglesia universal, en la preparación para el Tercer Milenio, acerca de la presencia y acción del Espíritu en la Iglesia, quisiéramos llamar la atención sobre el papel absolutamente necesario y primordial del Espíritu en el descubrimiento, desarrollo y vivencia de la vocación.

Durante bastantes años hemos estado muy “volcados” en los métodos y técnicas pastorales, todo lo cual es importante, pero no lo más importante, que será siempre, junto al cultivo de la madurez humana de la persona, la atención a los aspectos teológicos de la vocación. Muchas veces, estos aspectos eran simplemente nombrados pero apenas estaban presentes en el descubrimiento y acompañamiento de las vocaciones. Y uno de estos aspectos, entre los más importantes, es el de la función del Espíritu en la vocación y vocaciones en la Iglesia.

A este respecto, el Vaticano II, apoyándose en la Palabra de Dios, nos enseña que el Espíritu Santo reparte gracias especiales y ministerios para las diversas obras y deberes (LG 12.18), para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo (Ef 4,12) (UR 2; GS 38). El mismo Espíritu provee de dones jerárquicos y carismáticos (AG 4; AA 3); y hace que los laicos animen desde dentro, a modo de fermento, las realidades temporales y las ordenen de forma que se hagan continuamente según Cristo (AG 15). En síntesis: cada uno ha recibido unos dones para ponerlos al servicio de los demás, sabiendo que la misión es única, y los ministerios diversos (AA 2).

El Concilio enseña, pues, muy claramente que todo es obra del Espíritu. La Iglesia, la gran Llamada que llama, y cada uno de los creyentes en ella, somos enriquecidos y animados por el Espíritu para la misión única del Reino.

Normalmente la vocación nace en un terreno espiritualmente cultivado, en una persona que, como se decía hace años, lleva una vida espiritual. Ciertamente, nuestra comunión con Cristo se realiza en el Espíritu Santo, aunque no pensemos en ello expresamente. Ahora bien, cuando este dato, ya presente por sí mismo implícitamente, es objeto de reflexión y conocimiento explícito, la vida espiritual puede definirse como docilidad a la guía del Espíritu Santo, el Espíritu de la vocación y de la misión.

He aquí una de las mejores “buenas noticias” de la Sagrada Escritura: el Dios de todo don, de la elección y misión “ha enviado el Espíritu de su Hijo” (Gal 4,6). Con esto Pablo quiere decir “que Cristo se hace presente, operante y poderoso en los creyentes mediante el Espíritu Santo. Es el Espíritu quien supera la distancia histórica entre nosotros y Jesús y nos une al Cristo que vive en la comunión del Padre y que nosotros no podemos alcanzar con nuestros sentidos. Gracias a su Espíritu, Jesucristo está siempre “con nosotros” (cf Mt 28,20), está vivo entre nosotros y en nosotros”. Lo más interesante en nuestro caso es que el Cristo que se hace presente mediante el Espíritu es el Cristo que llama, el Cristo de la vocación.

La vida espiritual (Espíritu) es vida cristiana (Cristo) y, consiguientemente, vida vocacional (vocación). Y todo es fruto del Espíritu. Ahora bien, la efi-

El Espíritu Santo se experimenta concretamente en la oración, donde el Espíritu grita "Abbá" (Gal 4,6; Rom 8,15s) e intercede por nosotros (Rom 8,26s). El Espíritu Santo, además, nos empuja a la lucha contra la "carne" (Gal 5,16-18), a las obras del amor (Gal 5,22). Todo esto nos indica que siendo la vocación imposible sin la oración, es claro, a su vez, que no es posible sin el Espíritu. Y si, por otra parte, la vocación es el fruto de un gran amor, tampoco es posible sin el Espíritu que es quien nos lleva a la victoria sobre la "carne" y nos hace capaces de producir los frutos del amor.

En los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu es una fuerza que arrastra de modo incontenible, abre caminos, fortalece y conduce a la Iglesia; y está a la cabeza de la misión (cf Hch 8,29; 11,15ss; 13,2.3 y otros). Y desde entonces, toda vocación, inseparablemente unida a la misión, nace y se desarrolla en el ámbito de la acción del Espíritu de Pentecostés, el Espíritu de la Iglesia toda ella enviada a la misión de anunciar el evangelio del Reino. El problema está hoy en que muchos olvidan que la función y acción del Espíritu continúa siendo la misma de los primeros tiempos de la Iglesia. No obstante, son numerosísimos los testimonios de quienes se colocaron en actitud de docilidad al Espíritu y muy pronto llegaron a descubrir su vocación y encontraron, al mismo tiempo, la fuerza para seguirla.

En la historia de las vocaciones, Jesús dirige al hombre su llamada; pero es el Espíritu Santo quien hace que aquél sea consciente de haber sido llamado.

El Espíritu es intuición profunda, descubrimiento "viento" excitante y renovador, conocimiento fecundo, presencia "llama" que ilumina y transforma.

Lo más importante de todo: la vocación y las vocaciones, como de algún modo apuntábamos más arriba, no se entienden al margen del amor. La vocación es amor de Dios que llama, mirada de Cristo que se fija en alguien con cariño de amigo, y amor del hombre que responde. En este maravilloso encuentro, el Espíritu Santo es quien hace posible el diálogo, el contacto y el "acuerdo".

La semilla de la vocación tiene necesidad, sobre todo, de ser cultivada en el clima del amor. Esto quiere decir que el don de la vocación hay que descubrirlo e interiorizarlo -día a día- a la luz del Espíritu. La vocación no es simplemente un objeto de reflexión intelectual; más que de cabeza, es asunto de corazón, más que de razón se trata de amor. Cuando la Biblia nos dice que "al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones" (Rom 5,5), nos está enseñando que este amor del Espíritu Santo es la razón de nuestra esperanza, de nuestro compromiso, y de la respuesta audaz en la entrega absoluta e incondicional en el seguimiento de Jesús.

El Espíritu Santo, por otra parte, es el animador de la vocación no sólo porque es el Amor hecho Persona, sino porque es el principio de la santidad. La santidad consiste –en último análisis– en cultivar el amor de Dios sin limitación alguna, en decir “sí” a Dios y su proyecto sobre nuestras vidas. A esa santidad todos estamos llamados. Pero es el Espíritu Santo, amor santificador, quien caldea e inflama nuestra voluntad, la mueve y capacita para caminar en el amor, en la obediencia filial, y para aceptar y abrazarse con el don de la vocación.

La vocación es esencialmente una gracia que recibe el hombre en su interior y que suscita en él un impulso íntimo hacia la adhesión personal e incondicional a Cristo. Esta iluminación interior y esta moción de la voluntad se hace posible mediante la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu se hace presente en el corazón del llamado, iluminándole y capacitándole para aceptar y entender la palabra que Dios le dirige. Es siempre el Espíritu del Señor el que se comunica al espíritu humano concretando la llamada personal de Dios, y le hace conocedor de la misma y capaz de responder.

Todo esto y mucho más que se podría decir, nos manifiesta que el papel del Espíritu Santo en el tema de la vocación es algo de todo punto esencial e insustituible.

Una conclusión muy práctica de todo lo dicho sería la siguiente: los agentes de pastoral, y más concretamente de pastoral vocacional, deberán tener presentes en sus actividades, las aportaciones de la pedagogía y psicología, y todos los recursos posibles de las ciencias humanas... Pero, sobre todo, deberán favorecer y secundar la acción insustituible del Espíritu Santo en los creyentes, porque Él es el verdadero promotor, animador y formador de las vocaciones.

Nadie podrá suscitar el amor en el corazón del hombre si el Espíritu no se le entrega, a través de caminos que son sólo suyos y que no son los nuestros. “El Espíritu sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene y adónde va” (Jn 3,8). Esto, sin embargo, no debería sumirnos en la incertidumbre, sino educarnos a prestarle esmerada atención, generosa prontitud, y amorosa docilidad. Teniendo presente que la docilidad al Espíritu no es pura pasividad, en realidad no hay actitud de mayor compromiso activo. El amor auténtico libera, nunca enajena.

A veces, no obstante, “los signos de Dios” producen miedo. Entonces, hay que recordar que el momento del temor es el de la fe, el tiempo en que hay que confiar. Entonces la vocación se consolida, “crece” en el Espíritu

Para terminar, diremos que esta relación insustituible del Espíritu con la vocación deberíamos tenerla muy presente, de un modo especial, en la cate-

quesis de Confirmación, y en todo catecumenado de jóvenes o de adultos. Y, por supuesto, en todo proceso de acompañamiento espiritual o vocacional.

Finalmente, hemos de estar muy atentos a los signos de la presencia del Espíritu en nuestro tiempo: en el mundo y en la Iglesia. El Espíritu sopla y alienta, derriba y quema lo "viejo", mueve y apuesta por lo nuevo, y suscita nuevas respuestas vocacionales desde los dones y carismas que reparte sin cesar entre los fieles. La renovación vocacional de las Diócesis, Congregaciones y otras formas de vida consagrada, pasa por una apertura total al gran animador vocacional que es el Espíritu Santo.